

DANIEL TAMMET: UN SUJETO AUTISTA Y SU CIFRA DEL AMOR

Carbone, Nora Cecilia; Hurtado Atienza, Selva; Moreno, María Luján; Piazzese, Gaston Pablo; Zanassi, Sergio
Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Psicología. La Plata, Argentina.

RESUMEN

El presente trabajo se inscribe en el Proyecto de investigación “Autistas y esquizofrénicos en el amor. Entre la particularidad de la estructura y la singularidad del caso”, acreditado por la Facultad de Psicología de la UNLP. El mismo se propone formalizar, desde la perspectiva psicoanalítica de orientación lacaniana, el derrotero subjetivo de Daniel Tammet, escritor autista de alto nivel de funcionamiento, en su esfuerzo por responder a su pregunta por el amor. Con la metodología de estudio de casos y de exégesis de textos, se intenta demostrar la estructura metonímica y la función estabilizadora de las diferentes facetas de la salida amorosa del sujeto -la pareja, la vocación y la fe en Jesús-, vertebradas por un “islote de competencia” numérico-sinestésico.

Palabras clave

Psicoanálisis - Autismo - Amor - Sinestesia

ABSTRACT

DANIEL TAMMET: AN AUTISTIC SUBJECT AND HIS LOVE FIGURE
This work is part of the research Project “Autistic and schizophrenic in love. Between the particularity of the structure and the singularity of the case”, accredited by the Faculty of Psychology of the UNLP. It aims to formalize, from a Lacanian oriented psychoanalytic perspective, the subject course of Daniel Tammet, high functioning autistic writer, in his effort to answer his question about love. With the methodology of case studies and text exegesis, we try to demonstrate the metonymic structure and the stabilizing function of the different facets of the subject’s romantic outing -the couple, the vocation and the faith in Jesus-, structured by a “islet of competence” numerical-synesthetic.

Keywords

Psychoanalysis - Autism - Love - Synesthesia

Introducción

El término autismo, proveniente del griego *αὐτῆς* -“que actúa sobre sí mismo o por sí mismo”-, fue inventado por Eugenio Bleuler en 1911 para nombrar uno de los síntomas cardinales de la esquizofrenia. En 1943, Leo Kanner, pionero del campo de la psiquiatría infantil, lo hizo suyo con el objeto de designar un conjunto de presentaciones clínicas de niños, desconocidas hasta el momento: las “perturbaciones autísticas del contacto

afectivo”. Si la brutal ruptura del lazo social es uno de los rasgos más conspicuos de las descripciones kannerianas, podría pensarse que entre el autismo y el amor -en tanto modo de vínculo libidinal que une al sujeto con el objeto- sólo puede haber disyunción. Sin embargo, el propio Kanner señaló que, en el caso de algunos autistas llamados “emergentes”, sus conductas, al inicio “egoístas y aislantes”, “llegan a servir positivamente como un lazo de conexión con los demás” y se vuelve posible entonces “abrir una puerta hacia el contacto” (Kanner, 1972, 210). Así, la experiencia clínica ha demostrado que muchos sujetos autistas hacen un *uso paradójico* -la expresión es de Kanner- de sus limitaciones, poniendo en juego la dimensión amorosa. Eso les permite mantener relaciones de esa índole con sus progenitores, pares, maestros, analistas y, de adultos, incluso, abrazar vocaciones y formar pareja.

A partir del testimonio de Daniel Tammet, un autista de alto nivel de funcionamiento, el presente trabajo se propone indagar una particular conjunción entre autismo y amor, habilitada, en la singularidad de la respuesta del sujeto, por su relación con los números.

Algunas generalidades sobre el amor en el autismo: problemas y soluciones

Como señalamos, la intuición de Kanner sobre los matices que puede tomar la relación del autista con la alteridad resulta interesante a la hora de aprehender la función de ciertos síntomas para el acceso a la vida amorosa en sus distintas facetas. El autor subrayaba el intento *cuasi* ingenioso de algunos sujetos, quienes, “valiéndose de las ganancias hechas con sus preocupaciones obsesivas (...) hallaron maneras de compensar su falta de sociabilidad característica” (Kanner, 1972, 210). Por otra parte, y con total sencillez, detectó que la piedra de toque de estas evoluciones *positivas* giraba en torno a una decisión insondable del sujeto: “Nadie logró forzarlos a franquear una puerta que otros han intentado abrir para ellos; fueron ellos mismos quienes, al principio de modo tímido y experimental, luego de modo más resuelto, allanaron su propio camino y lo recorrieron” (Kanner, 1972, 211). Dicho de otra manera, lo que el psiquiatra austríaco captó con agudeza fue un *saber-hacer* con el síntoma, en el que la apuesta individual por el armado de una suerte de semblante social permitía, puede inferirse, alguna transposición del goce al campo del Otro. Tal como veremos más adelante, es lo que se verifica en el caso de Daniel Tammet, quien logró emerger de su

soledad autística y forjar una versión *matemática* del amor. En el campo del psicoanálisis de orientación lacaniana, varios autores que se han ocupado de formalizar la clínica del autismo desde una perspectiva fenoménico-estructural, nos brindan valiosos aportes sobre el tema que nos ocupa. Entre ellos, debe mencionarse a Eric Laurent, quien en el texto *El autismo y el Psicoanálisis* de 1992, lee la metáfora de la *caparazón defensiva* -utilizada por algunos clínicos anglosajones- como un “retorno del goce sobre un borde” y la eleva al rango de la característica principal de la estructura autista. Años más tarde, Jean-Claude Maleval profundiza este punto de vista en su obra *El autista y su voz* (2011). En dicho texto sitúa ese parapeto como respuesta subjetiva ante la emergencia intrusiva del objeto voz al tomar la palabra o cuando el otro la toma, efecto devastador de lo que llama *una carencia de la identificación primordial*, solidaria de la *forclusión del agujero del inconsciente*. Este trauma, que se manifiesta claramente en la dificultad del autista para sostener su lugar de enunciador, da lugar, eventualmente, a una defensa específica, un neo-borde, que puede ir desde una barrera auto-sensual generada por estimulaciones corporales, hasta el apoyo sobre un objeto fuera-del cuerpo, adecuado para constituir la matriz de un Otro artificial abierto, o borde dinámico. Como una especie de *pseudópodos* que van a extender con precaución, los sujetos autistas pueden elaborar, en ocasiones, *compromisos* que les permiten abrirse hacia un mundo inicialmente extraño. Así, a través de un objeto, de un amigo imaginario o de un semejante, alcanzan a constituir un doble, germen de organización narcisista en el registro de lo real, que sirve como defensa específica para salir de su soledad. Maleval agrega que, cuando este arreglo se conecta a su vez con un islote de competencia, el sujeto prolonga su trabajo de apertura en ese Otro sintético, tendiente a bloquear lo simbólico en un campo circunscrito que lo vuelve controlable y hace posible los intercambios. Este “método” contribuye a la animación libidinal del sujeto, disponiéndolo -aunque no sin esfuerzos- a adaptarse a situaciones nuevas y a dar pruebas de su creatividad en diferentes ámbitos, entre ellos el del amor.

Como se constatará a continuación, los desarrollos de estos autores sobre los vínculos de los autistas con la otredad adquieren una particular relevancia para nuestro trabajo pues permiten avizorar los carriles que tomaron, en nuestro sujeto, las diferentes figuras del lazo amoroso.

De la niñez a la adolescencia: Tammet, su Otro de síntesis y la apertura al amor

A los 32 años, Daniel comienza una conferencia pronunciada en México con el siguiente interrogante: “¿Qué es el amor? Esta ha sido la pregunta de mi vida”. Y detrás de esa pregunta, que lo ha seguido incesantemente, se dibuja esta otra: “¿soy alguien capaz de ser amado?” (Ciudad de las Ideas, 2011, 1:04).

Según refiere, estos planteos se correlacionan con una niñez “diferente”: hijo mayor de una fratria numerosa, de pequeño

no jugaba de la misma manera que otros niños, no sonreía y apenas hablaba. Pero *contaba*. “Las personas no tenían sentido para mí, eran demasiado grandes, ruidosas, erráticas. Prefería la compañía de los números” (Ciudad de las Ideas, 2011, 3:28). A ellos sí los podía entender. A su marcada incapacidad para la interacción social se contraponía un desarrollo hipertrofiado de destrezas con los números y el lenguaje, que se presentaban interconectados y bajo la forma particular de la *sinestesia*. Para él, cada número tenía personalidad, color y textura: “El 4 es tímido como yo, el 111 reluciente” (Ciudad de las Ideas, 2011, 3:04). Esta experiencia, inicialmente automática, se volvió luego un recurso que le permitía hacer frente al malestar generado ante los cambios repentinos de su entorno y lo imprevisible del deseo del Otro. Extranjero en su propia lengua materna, los números se convirtieron en su primer *lenguaje*, en cuyo interior podía sentir y pensar. Allí donde la falta de inscripción del significante primordial le impedía *leer entrelíneas*, entender o saber cómo reaccionar ante las emociones, los guarismos fueron sus primeros amigos, sus “postes indicadores” (Tammet, 2007: 9). Con la ayuda de esta forma de racionalismo mórbido -que recuerda los planteos de Eugenio Minkowski sobre las llamadas *compensaciones* esquizofrénicas-, Daniel se construyó un neo-código que le proveía una primera estabilización subjetiva. Se trata allí de un Otro sintético coagulado con el que, como señala Maleval, “el sujeto dispone de un saber cerrado y fijo que le permite orientarse en un mundo rutinario, limitado y sin sorpresas (y que) tiene afinidades con la lengua privada, idiosincrásica o neológica separada del Otro, pero conectada con el goce del sujeto” (Maleval, 2011, 172-173). Otro constituido por un saber ordenado y controlado, pero que se limita a una actividad solitaria, poco útil para el establecimiento de vínculos sociales.

En efecto, Daniel obtenía de su relación con los números cierta *comodidad* para estar en el mundo, lo que le permitió acceder a una escolaridad normal, con rápidos aprendizajes. Sin embargo, el arreglo subjetivo se reveló insuficiente cuando, a los 8 años tuvo, por primera vez, la experiencia de la soledad: “Descubrí que necesitaba a otras personas, tenía muchos deseos de tener un amigo. Por la noche, en mi cama, me preguntaba qué sería tener un amigo (...)” (Ciudad de las Ideas, 2011, 6:04). Empezó entonces a observar a los niños como un *científico* y de ese modo fue aprendiendo, por ejemplo, a mirar a los ojos, a leer el lenguaje corporal, a decir un chiste. Logró así hacerse amigo de algunos niños inmigrantes, con quienes compartía, solamente, el hecho de *ser diferente*. Pero, aun así, se sentía solo. En su adolescencia, deseó desesperadamente *encajar*, sin encontrar su lugar en ninguna parte. “Entendía la cercanía de manera literal. Me paraba muy cerca de los demás en el patio o en el aula, de forma de sentir el cuerpo del otro sobre la piel” (Ciudad de las Ideas, 2011, 7:50). Con igual literalidad, extraía fragmentos de diálogos de los libros, que intentaba insertar, sin éxito, en las conversaciones con los pares. En el punto en el que la carencia de un marco fantasmático organizado por la ley significante lo

dejó inerte para enfrentarse al encuentro con la alteridad, fue de la lectura ortopédica de Shakespeare de donde obtuvo su primera aproximación al amor, que sólo consistió en pasarlo por el tamiz de su neológico *entendimiento*.

No fue sino hasta los 18 años que las cosas comenzaron a cambiar, cuando luego de leer que las personas viajaban *para encontrarse a sí mismas*, decidió emprender un viaje a Lituania. “No tenía claro el sentido de mí mismo, de quién era. Mi memoria estaba compuesta por fragmentos, piezas de emociones e ideas sin un contexto, sin estar unidas por un significado” (Ciudad de las Ideas, 2011, 9:04). Habiendo aplicado en un programa para jóvenes con discapacidades, se trasladó a ese país a enseñar inglés durante un año. Fue ese un *momento decisivo* en su vida, ya que a pesar de sus excentricidades -o quizá por ellas- se sintió bienvenido: “en un país extraño, con otro idioma, me sentía menos extranjero que en mi propio país” (Ciudad de las Ideas, 2011, 16:44). Su Otro de síntesis comienza a abrirse, a condición de que el encuentro con el semejante esté mediado por el uso de una lengua siempre extranjera -sea para él, sea para el otro-. Por este rodeo -y no sin el auxilio de una computadora- accedió a un primer vínculo amoroso. Las marcas de la estructura metonímica de ese lazo son elocuentes: en primer lugar, es un amor de lo igual. Su *alma gemela* era alguien de su mismo sexo, cercano en edad, en timidez y en gustos, que no dejaba de recordarle “a [sí] mismo” (Tammet, 2011: 143). Amor reducido a la fórmula imaginaria *a-a'* y signado, en su juntura con lo real, por la relación sinestésica con los números: Neil -tal el nombre del amado-, como el *nueve*, era alto y azul, y por lo tanto hermoso.

El número Pi y el poema de amor

A los 25 años viajó a Oxford. Había pasado el invierno memorizando algo que iba a exponer ante un gran público. Se trataba del número Pi, el más famoso de las matemáticas, “número irracional, excepcional, infinito, que sigue y sigue por siempre” (Ciudad de las Ideas, 2011,11:50). Durante 5 horas y sin cometer ningún error, recitó 22.514 dígitos frente a una multitud de personas de distintas profesiones. Mientras lo hacía, “era como hablar mi primer idioma (...) sentía que hablaba sobre mí mismo, todo de mí, la totalidad de mi vida (...) fue un acto de auto-revelación completa” (Ciudad de las Ideas, 2011,13:03). Al concluir, advirtió el aplauso y la emoción del público: “los había conmovido de alguna manera (...) Pi fue como mi primer poema de amor, a una vida, la mía, que había sido tan extraña y al mismo tiempo, tan conocida” (Ciudad de las Ideas, 2011,15:50). Si, como afirma Jacques-Alain Miller, “amamos a aquel que responde a nuestra pregunta: ‘¿quién soy yo?’” (Waar, 2008), puede inferirse que ese fue el lugar que ocupó Pi para este sujeto. En definitiva, ¿cuál fue el efecto subjetivo de aprender y enunciar frente a otros un número como Pi, con tantos decimales? La respuesta de Tammet es contundente: fue “extremadamente hermoso y algo absolutamente único. Como la Mona Lisa o una

sinfonía de Mozart, Pi es su propia razón para amarlo” (Tammet, 2007, 185). Y agrega “fue para mí un sublime poema numérico, que yo encarné con mi aliento, mi presencia, mi cuerpo” (Hel Guedj, 2016).

A manera de hipótesis, podría pensarse que encontrar la cifra del amor fue el equivalente, para este sujeto, de la nueva *operación psíquica* de la que hablaba Freud en *Introducción del narcisismo* (1914). ¿No se trata acaso de la precipitación de un ideal, a partir del cual el sujeto puede volverse amable para sí mismo y, por ende, para los demás?

A partir de este punto de inflexión se constata una mayor apertura del Otro artificial de Daniel, en tanto, movido por el anhelo “de prolongar esa experiencia de Pi” (Hel Guedj, 2016), decide dedicarse a escribir. Tres inéditas facetas del amor se vuelven entonces posibles: una nueva pareja, la vocación de hacerse escritor y, de la mano de esta última, una inscripción del amor divino.

Formas metonímicas del amor autista

Con el recitado del número Pi llegaron la fama y los viajes. La relación con Neil, fundada en la común timidez, en el sostén de una rutina doméstica y en la sobreprotección, comenzó a resultarle *estrecha*. Después de separarse, conoció a Jérôme Tabet -la similitud de sonidos entre ambos apellidos no debe escapársenos-, un joven fotógrafo con quien inició un nuevo vínculo de pareja que perdura hasta la actualidad. Las condiciones de la elección amorosa responden a coordenadas imaginarias con efectos en lo real y en la reconfiguración de su yo: una vez más, se trata de un partenaire del mismo sexo, a quien lo une el interés por la creación artística, especialmente visual. Pero a este otro amor *de lo igual* se le suma un elemento que contribuye, creemos, a la consolidación del lazo. Jérôme es de origen francés, y esa lengua es, para Daniel, menos angustiante que el inglés. De hecho, terminará adoptándola, al igual que la nacionalidad francesa, decisión que atempera el carácter intrusivo que, paradójicamente, tenía para él su lengua materna. La relación con este compañero, nacida a distancia y sostenida durante un tiempo en conversaciones telefónicas que giraban en torno al arte, se convirtió luego en el soporte de su carrera como poeta y novelista.

En cuanto al descubrimiento de esta vocación de creador -que puede considerarse también una forma del amor-, es preciso señalar que tiene a la base la argamasa real-simbólica del fenómeno sinestésico. De esa lengua hecha de “números con personalidad” Daniel extrajo “un gran trozo de Pi” (Tammet, 2007: 173), que *contaría* al mundo. No es casual que enfatice que él no hace distinción entre los dos sentidos del término *contar*, fundiendo *enumerar* y *relatar*: “Los dos verbos están relacionados. Esa es la razón por la cual amo las dos cosas, ambas me apasionan, no las diferencio” (AnteePodcan, 2019) subraya y, desde entonces, cada libro *contará*, a su manera, el encuentro del sujeto con el infinito. Por otra parte, la apoyatura identificatoria con su pareja -creador visual- afianzó su proyección como

artista de las letras, lo que le permitió hacerse un nuevo lugar en el mundo. Como él mismo lo expresa, ya no será un *cobayo*, objeto de investigación de la ciencia, ni el vocero de los autistas de alto rango. “Algunos me quieren portavoz, defensor de una minoría. Yo prefiero crear” (Hel Guedj, 2016) dice sin ambages, a la par que pone sobre el tapete su deseo de ser reconocido como autor.

El corolario de este camino trae consigo todavía otro rostro del amor. Su último libro, titulado *Fragmentos del paraíso* (2020) da cuenta de ello. Escrito en francés, el mismo narra lo que el sujeto llamó su *conversión*. Con este término neológico, Tammet nombra un tipo particular de relación con Jesús que data de unos años atrás y que fue inicialmente privado. La figura de Jesús, que por una homofonía se le presentaba como *amarilla[i]*, aparece en él como un primer intento de responder a su pregunta por la existencia, y toma metonímicamente un rasgo de Pi. En efecto, Jesús es la encarnación del amor *infinito*, hecho de una *enumeración* de virtudes que Daniel encontró en su pasaje favorito de la Biblia. Sin embargo, fue sólo a partir de la escritura que ese nexos con la divinidad se transformó en una *comunidad[iii]* con sus lectores. Diez años después de reflexionar sobre el tema, decidió *contar* “ese Amor encarnado por Jesús” para “sumergir tanto a los lectores creyentes como a los no creyentes en un relato (...) de lo que pasó hace 2000 años pero que constituye en realidad un momento fuera del mundo, fuera del tiempo” (Devoud, 2020).

La dimensión del amor alcanzada -de *meta inhibida*, como decía Freud en *El malestar en la cultura*- combina, en un arreglo personal, dos de las formas de la sublimación que son la religión y el arte. Poner en palabras escritas el amor divino constituye para él una manera de *comprender* el sentido del amor, lo que implica tanto explicarlo como vivirlo en la relación con los semejantes. Parece haber encontrado, finalmente, la clave sobre lo que es el prójimo y sobre cómo amarlo. “Habiendo nacido dentro del espectro autista, durante mucho tiempo no comprendía el sentido del amor” (Deboud, 2020), recuerda. Ahora cree haberlo captado: “Para mí, es como si cada uno tuviera una pieza de rompecabezas. Dialogando unos con otros se llega a poner juntas las piezas del rompecabezas para crear una imagen completa. Esa imagen completa es la imagen de Jesús” (Deboud, 2020).

Conclusión

Lo desarrollado hasta aquí ha permitido cernir los hitos principales del largo derrotero de un sujeto autista en las lides del amor. La pregunta crucial que atravesó su existencia “¿qué es el amor?, y su subsidiaria “¿soy alguien capaz de ser amado?”, recibieron diferentes respuestas, todas ellas marcadas por la prevalencia, en lo imaginario, del *tropo* de la metonimia. Como un verdadero “combatiente”, siempre en estado de esfuerzo, lo vimos emerger progresivamente de un tortuoso exilio interior, en el que el amor era, al principio un puro enigma, y luego el crudo apego físico al otro o una fórmula tomada literalmente

de los significantes provistos por los libros. Posteriormente, el recurso a la lengua extranjera y a la mediación de la tecnología dieron paso a un Otro artificial más abierto, que se coronó con el acceso a un primer amor de pareja organizado como una “abreviatura del estadio del espejo lacaniano” (Miller, 1992: 20). El recitado del número Pi fue ocasión, más tarde, de una *tyché* en la que convergieron la auto-revelación totalizadora y el asentimiento del Otro. La cifra del amor, se le revela entonces a Tammet como un poema con consecuencias inéditas para sus posteriores lazos libidinales: la apasionada vocación por la creación literaria, la nueva pareja amorosa y la relación con Jesús y su amor infinito, surgen de aquella experiencia como nuevas réplicas al interrogante central del sujeto. Ellas demuestran a cielo abierto, que “la dimensión en que la letra se manifiesta en el inconsciente (...) es (sobre todo) homofónica (...)” y que éste “se preocupa más del significativo que del significado” (Lacan, 1958: 551).

La estructura metonímica de la salida amorosa de Daniel no debe hacernos perder de vista su eficacia. El saber-hacer del sujeto con su “islote de competencia” le brindó, con Pi como eje, la posibilidad de obtener una imagen yoica de totalidad, allí donde antes había una existencia fragmentaria, la de hacerse un lugar en el mundo, allí donde sólo había exilio, y la de compartir su vida con otros, allí donde había una radical soledad.

NOTAS

[i] En inglés, la primera sílaba de la palabra *Jesús* suena similar a la primera sílaba de la palabra amarillo (*yellow*)

[ii] Tammet afirma en diferentes oportunidades que *comunicar* y *comulgar* son palabras que están en íntima relación

BIBLIOGRAFÍA

- AnteePodean (2019) Daniel Tammet Grande Librairie - synesthésie <https://www.youtube.com/watch?v=cAZhuyVKo7w>
- Devoud, M. (9 de marzo de 2020) *Daniel Tammet: « Avec Lui 2.000 ans ou 1 minute, c'est pareil. C'est maintenant »* Aleteia. Rastreador <https://fr.aleteia.org/search/>
- Fondation Martin Bodner (2021) “*Fragments de Paradis*”. *Conference de Daniel Tammet*. Video de youtube <https://www.youtube.com/watch?v=cAZhuyVKo7w>
- Freud, S. (1914) Introducción del narcisismo. *Obras completas*, Vol XIV, Amorrortu, 65-98.
- Hel Guedj, J. (4 de noviembre de 2016) *Daniel Tammet, autiste savant et génie, publi son premier roman*. Rastreador <https://www.lecho.be/culture/litterature/daniel-tammet-autiste-savant-et-genie-publie-son-premier-roman/9827858.html>
- Kanner, L. (1943) “Trastornos autistas del contacto afectivo”. *Revista Siglo Cero*, 149, 1993, 5-24.
- Kanner, L. (1972) “How far can autistic children go in matters of social adaptation?”. *Childhood Psychosis: Initial studies and new insights*, 189-213.

- Lacan, J. (1957-1958) "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis". *Escritos II*. Siglo XXI Editores, 513-564.
- La ciudad de las ideas (2011) *Am I capable of being loved?* Video de youtube <https://www.youtube.com/watch?v=GzpZb10P1WQ&t=13s>
- Laurent, E. (1992) *El autismo y el psicoanálisis*. PUM.
- Laurent, E. (2013) *La batalla del autismo*. Grama Ediciones.
- Maleval, J.-C. (2011) *El autista y su voz*. Gredos
- Miller, J.-A. (1992) "Les Labyrinthes de l'amour". *La Lettre mensuelle*, 109, Ecole de la Cause Freudienne, mai.
- Minkowski, E. (1927) *La esquizofrenia. Psicopatología de los esquizoides y los esquizofrénicos*, F.C.E.
- Tammet, D. (2007) *Born on a Blue Day. A memoir*. Free Press.
- Waar, H. (2008) "Amamos a aquél que responde nuestra pregunta: ¿quién soy yo? Entrevista a Jacques-Alain Miller" en *Revista Consecuencias*, junio 2011, N° 6.
- Disponible: <http://www.revconsecuencias.com.ar/ediciones/006/template.asp?arts/alcances/Amamos-a-aquel-que-responde-a-nuestra-pregunta-Quien-soy-yo.html>